

llero? — dijo Sleary con aire meditativo, mientras con los ojos sondeaba las profundidades de su grog. — La primera demuestra que en el mundo existe un amor que no es en modo alguno de interés personal, sino cosa muy distinta; y la otra prueba un modo de calcular ó de no calcular que es tan difícil de definir como la inteligencia de los perros.

El Sr. Gradgrind miró por la ventana, sin responder. El Sr. Sleary vació el vaso y llamó á las señoras:

— Mi querida Cecilia, abrázame y hazta más ver. Señorita, es un espectáculo muy hermoso ver que trata V. á Cecilia como á una hermana, en la que tiene V. confianza y que honra de todo corazón. Espero que su hermano viva y se haga digno de V., procurándole alguna felicidad. Caballero, venga un apretón de manos por vez primera y última. No sea V. duro con nosotros, pobres vagabundos, que también hay que divertirse. No siempre se ha de estudiar ni trabajar. El mundo no se hizo para ello exclusivamente. Ustedes tienen la *obligación* de aceptarnos, caballero. Obre, pues, caritativa y prudentemente y trate de sacar partido de nosotros, en vez de despreciarnos. No hubiera creído nunca — añadió el Sr. Sleary, sacando de nuevo la cabeza por la puerta, para

soltar esta peroración, — que yo hubiese podido representar un buen payazo.

CAPÍTULO XXXVII

FINAL

No es sin peligro, cuando se vive en la esfera de un hombre fatuo y violento, el permitirse ver antes que él algo que le interese. El Sr. Boundingby no perdonó jamás á la Sra. Sparsit la audacia de tomarle la delantera y de haber pretendido saber más que su principal en sus negocios. Indignado en extremo por el descubrimiento triunfal que hiciera, al poner la mano sobre la Sra. Pegler, pensó de tal modo en esa despreocupación increíble en una persona de la posición subalterna de la Sra. Sparsit, que la culpa de la gobernante de su casa aumentó extraordinariamente á sus ojos, formando una bola de nieve. El Sr. Boundingby pensó, finalmente, que el despido de esa mujer bien nacida le permitiría decir: « Era una señora emparentada con familias nobles y quería que yo apencara con ella; más yo no quise y la he puesto á la calle. » Lo encontraba

muy provechoso : se desharía de ella, para vanagloriarse después, y castigaría así á la Sra. Sparsit por sus inconveniencias.

Orgullosa con esta gran idea, el Sr. Bounderby fué á merendar, sentándose en el comedor de otro tiempo, en el que se hallaba su retrato. La Sra. Sparsit estaba sentada junto al fuego, con el pié en su estribo de algodón, sin sospechar nada de lo que iba á ocurrirle.

Después del asunto Pegler, esa distinguida dama volvió á cubrir con un velo de melancolía y arrepentimiento la piedad que le inspiraba el Sr. Bounderby. A consecuencia de este cambio de ánimo, tema costumbre de asumir un aire de tristeza, no bien distinguía al Sr. Bounderby, lo que no dejó de simular en aquel momento, para recibir mejor á su amo.

— ¿Qué hay, señora? — preguntó el Sr. Bounderby en tono rudo y seco.

— Por Dios, caballero — respondió la Sra. Sparsit. — Espero que no va V. á comerse mi nariz.

— ¡Comerme su nariz! Señora — repitió el Sr. Bounderby — ¡su nariz!

Daba á entender, por lo que juzgó la Sra. Sparsit, que se trataba de una nariz desarrollada con exceso, para tal aventura. Después de esta contestación insultante, el Sr. Bounderby cortó

un pedazo de pan y tiró con cierta violencia el cuchillo por la mesa.

La Sra. Sparsit quitó el pié del estribo, diciendo :

— ¡ Señor Bounderby!

— ¿Qué, señora? — replicó el Sr. Bounderby. — ¿Por qué me mira V. de ese modo?

— ¿Me permite que le pregunte, caballero — dijo la Sra. Sparsit. — si tiene V. motivo para mostrarse tan irritado esta mañana?

— Sí, señora.

— ¿Me permite suplicarle que me diga — prosiguió aquella mujer, ofendida, — si tengo la desgracia de haber causado á V. ese mal humor?

— ¡Vaya! le diré una cosa, señora — dijo Bounderby. — No he venido aquí para ser un juguete. Por bien nacida que sea una mujer, no debe permitirse fastidiar y atormentar á un hombre como yo, que no puedo tolerarlo.

El Sr. Bounderby creyó necesario ir derechamente al grano, para evitar que, si dejaba surgir una discusión sobre detalles, perdiese la partida.

La Sra. Sparsit comenzó por levantar sus cejas coriolanescas, después las frunció y colocó su labor en la canastilla, levantándose.

— Caballero — dijo con majestad — veo que en este momento no le es agradable mi compañía. Voy á retirarme á mis habitaciones.

— Permitame que le abra la puerta, Señora.

— Gracias. Ya sabré abrírmela yo misma, caballero.

— Permítamelo : se lo ruego, señora — dijo Bounderby, adelantándose á ella y poniendo la mano en el cerrojo — pues aprovecharé la ocasión para decirle una palabra, antes de que salga... Señora Sparsit, temo que se halle V. aquí un poco estrecha; me parece que mi humilde techo no es un teatro bastante grande para una mujer que despliega tanto ingenio en los asuntos de los demás.

La Sra. Sparsit le lanzó una mirada de desprecio profundo, lo que no impidió que le respondiera con mucha cortesía :

— ¿De veras, caballero?

— Verá V.; lo he pensado á raíz de los últimos acontecimientos, señora — respondió Bounderby — y en mi pobre juicio...

— ¡Oh! le ruego, caballero — interrumpió la Sra. Sparsit con vivacidad jovial — que no deprima su juicio de ese modo. Todos saben que el juicio del Sr. Bounderby es infalible. Todos tienen pruebas bastantes de ello. Es el tema de todas las conversaciones. Deprima V. sus demás cualidades, si quiere V., caballero — dijo la Sra. Sparsit, riendo — pero le pido gracia por su juicio.

El Sr. Bounderby enrojació y repuso con cierto embarazo :

— Decía, señora, que el tren de mi casa debiera ser distinto, para que brillase una mujer de su mérito : un tren por el estilo de su parienta lady Scadgers. ¿No cree V., señora, que encontraría en él bastantes asuntos para ocupar su actividad oficiosa?

— No se me había ocurrido nunca semejante idea, caballero — replicó la Sra. Sparsit — pero ya que me hace V. pensar ahora en ello, le diré que la cosa, efectivamente, me parece muy probable.

— ¡Veamos, pues! Y ¿si lo intentara V., señora? — dijo Bounderby, depositando en la canastilla de la dama un sobre que contenía visiblemente un billete. — Podrá V. marcharse cuando le acomode; no corre prisa; pero de momento, tal vez sea más agradable á una señora del mérito de V. que tome su alimento en sus habitaciones, donde no se la molestará. Sólo debo pedirle que me dispense V. de que yo, Josué Bounderby de Cokeville, la haya tenido tanto tiempo bajo un cubo.

— No se tome V. esa molestia, caballero — replicó la Sra. Sparsit. — Si pudiera hablar ese retrato... que es mas feliz que el original (pues tiene la ventaja de no ser la risa de nadie y de no

desagradar á la gente)... podría testificar que hace muchos años tengo la costumbre de increparle como al retrato de un *imbécil*. Ya sabe V. que todo lo que haga un *imbécil* no causa la menor sorpresa ni la menor indignación; un *imbécil*, por más que haga, no inspira otro sentimiento que el desprecio.

Dicho esto, la Sra. Sparsit, cuyas facciones romanas parecían en aquel momento una medalla acuñada en conmemoración del profundo desprecio que le inspiraba el Sr. Bounderby, contempló fijamente á su principal, de los pies á la cabeza, pasó por delante de él con desdén majestuoso y subió á sus habitaciones. El Sr. Bounderby cerró la puerta, se colocó delante de la chimenea, fijando intensamente los ojos en su retrato... y en el porvenir.

¿Miró hasta muy lejos, en el porvenir? ¿Se apercibió realmente que la Sra. Sparsit sostenía un combate diario, con las armas propias del arsenal femenino, contra la pérfida, avara y huraña lady Scadgers que, guardando siempre cama, por razón de su pierna misteriosa, devoraba en seis semanas su trimestre insuficiente, en su pequeño alojamiento mal ventilado? Pero, ¿vió otra cosa? ¿Se vió acaso convertido en el panegirista de Bitzer, presentándolo como un hombre de porvenir, que había obtenido la

plaza del joven Tom, á quien estuvo á punto de coger en persona, si algunos quisques no le hubiesen ayudado en su evasión? ¿No vió el reflejo de su propia imagen, al hacer un testamento vanidoso, según el cual debían comer en lo sucesivo en un *Hall Bounderby* venticinco farsantes, cuya edad fuera mayor de cincuenta años, debiendo llevar en los botones de su librea el nombre de Josué Bounderby de Cokeville, alojarse en edificios bounderbianos, asistir á una capilla bounderbiana, dormirse con los sermones de un limosnero bounderbiano, vivir en una propiedad bounderbiana, y dar náuseas á todos los estómagos sanos, con su montón enorme de estupidez y orgullo bounderbianos? ¿Previó el día en que, cinco años más tarde, Josué Bounderby de Cokeville moría de un ataque de apoplejía fulminante, en una calle de la ciudad donde aquel admirable testamento debía empezar su larga carrera de embrollo, de robo, de bajezas, para redundar sólo en provecho de la gente de curia? No es probable... ¿Qué hacía, pues, el retrato, sino le revelaba nada de eso?

Catad al Sr. Gradgrind, el mismo día y á la misma hora, en su gabinete de trabajo. Trata también de penetrar en el porvenir, y ¿que vé en él? ¿Colúmbrase acaso á sí mismo, anciano

decrépito y de cabellos blancos, que sabe ya dobligar, según las circunstancias, sus teorías antes inflexibles; poniendo los hechos y las cifras muy por debajo de la Fé, de la Esperanza y de la Caridad, sin tratar de exhibir esa trinidad celeste en medio de su pequeña mecánica enmohecida? ¿Se vé, á causa de este cambio, objeto del desprecio de sus ex-socios políticos? ¿Los observa dedicidos á que los *estercoleros* nacionales formen un cuerpo *sui generis*, que no tenga que cumplir ningún deber con esa abstracción llamada *pueblo*, derrotando al *honorable preopinante*, sin cesar, cinco noches á la semana, en discursos que duran hasta las primeras horas de la mañana? Probable es que leyera eso en el porvenir, toda vez que conocía á sus colegas.

Catad á Luísa, aquella misma noche, contemplando el fuego, pero con semblante más plácido y más humilde. ¿Qué escenas ofrece el porvenir á la mirada de la joven? Carteles fijados en las paredes de la ciudad, con la firma de su padre, para rehabilitar al difunto Esteban Blackpool, tejedor, y publicar el crimen de su propio hijo, haciendo valer, sin embargo, las circunstancias atenuantes de la juventud y las tentaciones (no pudo decidirse á agregar *y la educación*) del culpable; estos carteles

perfenecian ya al presente. En la tumba de Esteban Blackpool, el Sr. Gradgrind hizo grabar un epitafio en que se refería la muerte del obrero, lo que, por decir así, correspondía también al tiempo presente, pues Luísa sabía que ello se debia hacer. Veía estas cosas con toda claridad. Pero ¿qué distinguía en el porvenir?

A una obrera, á Raquel, que volvía al trabajo de la fábrica, después de una larga enfermedad, yendo y viniendo á horas fijas con los tejedores cokeburgueses; á una mujer de belleza soñadora, vestida siempre de negro, aunque plácida, serena y hasta alegre en ciertas ocasiones; la única alma de la población que parece apiadarse de una criatura degradada y siempre borracha, que á veces pide en la calle limosna á la obrera, llorando; á una mujer que trabaja de la mañana á la noche, que trabaja siempre, haciéndolo con gusto, sin pedir otra cosa, ya que considera el trabajo como la suerte que le ha tocado en esta vida, hasta el momento en que ya no pueda más. ¿Lo vió Luísa? — Si así fué, no se engañaba.

¿Vió á un hermano solitario, que vivía á muchas leguas de distancia y escribía en una hoja regada por las lágrimas, pues las últimas palabras de Luisa tuvieron don profético, de modo

que no estimaba ya como un sacrificio la cesión de todos los tesoros del mundo por volver á ver un solo instante aquel rostro querido? Después, ¿cuándo ese hermano se acercaba á su patria, con la esperanza de volver á ver á su hermana, y caía enfermo por el camino; y luego una carta, de letra desconocida, en la que se anunciaba que en tal fecha el joven había muerto en el hospital, víctima de la fiebre tifóidea y que se sintió allí arrepentido, « echándola de menos y queriéndola; su nombre ha sido el último que ha pronunciado. » ¿Lo vió Luisa? Si fué así, no se engañaba.

¿Vióse casada de nuevo, madre, educando á sus hijos con amorosa solicitud; velando siempre por que fuesen jóvenes de espíritu y de cuerpo, pues sabía que esta era la mejor juventud, cuyo tesoro verdadero constituía, merced al recuerdo, una bendición y una felicidad hasta para los más sabios? ¿Lo vió Luisa? ¡Ay! de ser así, se habría engañado.

Pero se vió rodeada y querida por los felices hijos de Sissy; se hizo muy docta en la literatura de cuentos de hadas, persuadida de que no era bueno desdeñar ninguna de las puras imaginaciones de la infancia; no perdiendo nada por conocer á sus semejantes, hasta á los más humildes, para hermo-

sear su existencia mecánica y real, por medio de las gracias y goces imaginativos, sin los cuales se marchita el corazón de los niños, convirtiéndose moralmente en muerte absoluta la más vigorosa madurez física. Sin ello la seuda prosperidad nacional, que se demuestre con guarismos, se parece, al fin y á la postre, á las profecías amenazadoras que se escribieron en la pared para los comensales del festin de Baltasar. ¿Ejerció ella de este modo la caridad, no á manera de voto romántico, ni de obligación temeraria, ni de convención, fantasía ó deseo vanidoso, sino por cumplir sencillamente un deber á que se viera obligada? ¿Se vió así Luisa? Entonces no se engañaba.

Querido lector, de tí ó de mí depende que ocurran ó no tales cosas en el respectivo límite de nuestra esfera de acción individual. ¡Pues que sucedan! Nuestro corazón se aligerará por ello, cuando algún día, soñando junto al fuego del hogar, miremos como blanquea y se apaga la ceniza.

ÍNDICE

I. Lo necesario	4
II. La degollación de los inocentes.....	3
III. Una grieta.....	13
IV. El señor Bounderby.....	25
V. La nota tónica.....	39
VI. El circo Sleary	51
VII. La señora Sparsit.....	77
VIII. No hay que sorprenderse nunca.....	90
IX. Los progresos de Sissy.....	101
X. Esteban Blackpool.....	116
XI. No hay medio de lograrlo	127
XII. La vieja.....	141
XIII. Raquel	151
XIV. El gran fabricante	165
XV. Padre é hija.....	175
XVI. Marido y mujer	189
XVII. Efecto en el banco.....	200
XVIII. El señor James Harthouse	226
XIX. El mequetrefe.....	242
XX. Hermanos y amigos.....	251
XXI. Obreros y patronos.....	266
XXII. La desaparición	279
XXIII. Pólvora de cañón.....	302
XXIV. Explosión	326

XXV. Para concluir.....	351
XXVI. La escalera de la señora Sparsit.....	367
XXVII. Más bajo, siempre más bajo.....	376
XXVIII. El tumbo.....	393
XXIX. Aún faltaba más.....	402
XXX. Muy ridículo.....	413
XXXI. Harto decisivo.....	430
XXXII. Perdido.....	445
XXXIII. Por fin, se le encuentra.....	463
XXXIV. Claridad lunar.....	480
XXXV. Persecución del mequetrefe.....	499
XXXVI. Rasgo filosófico.....	521
XXXVII. Final.....	533

PARIS. — TIP. GARNIER HERMANOS, 6, RUE DES SAINTS-PÈRES.



R^a
FACIADA

7

